

El verdadero ensayo de Primo Levi

A 100 años del nacimiento del gran escritor italiano, sobreviviente de Auschwitz

Andrea Blanqué

Andrea Blanqué

Docente de Literatura. Enseña Literatura Española en Formación Docente (en el IPA y en Centro Regional de Profesores de Atlántida). Fue becada a España a realizar estudios de posgrado, cursados en la Universidad de Barcelona, Universidad Autónoma de Madrid, CSIC, etc. Desde hace años lleva adelante una especialización en Literatura del Holocausto, y en la actualidad está escribiendo su tesis de maestría sobre este tema para la Facultad de Humanidades. Ha dado varias conferencias y seminarios sobre textos escritos por víctimas de la Shoá. Es colaboradora del Centro Recordatorio del Holocausto, y egresada del posgrado Morei Morim en Yad Vashem, Jerusalem. También ha publicado decenas de artículos sobre literatura y derechos humanos en El País Cultural, entre otros medios.

Resumen

En el presente artículo se incorporan los problemas formales y temáticos del género “ensayo”, a través de la lectura de un texto comúnmente atribuido a la narrativa, *Si esto es un hombre*, de Primo Levi. Sin embargo, se trata esta de una obra tan ligada a lo ético y a la experiencia más extrema del horror, que no se puede simplemente hablar de un “testimonio de un sobreviviente”. A lo largo del trabajo se hace un seguimiento de las ideas de los teóricos más autorizados del ensayo, que también trataron de responder a las cuestiones últimas, o al menos hacer las preguntas últimas, de la vida. El artículo persigue una intensa convivencia de la obra magna del autor más importante que sobrevivió al Holocausto, con la propia escritura de Levi y los diferentes libros que produjo, a pesar de insistir él mismo siempre que no era escritor, sino químico.

PALABRAS CLAVE: ensayo, testimonio, Holocausto, testigo, centenario de Primo Levi, literatura concentracionaria.

100th anniversary of the birth of Italian writer and Auschwitz survivor: Primo Levi's real essay

Abstract

This article treats the formal and thematic problems of the essay as a genre through the approach of a text generally classed as narrative, *Si esto es un hombre*, by Primo Levi. However, it is so deeply connected to ethic issues and extreme experiences that it cannot be simply referred to as “a survivor's testimony.” Along his work, ideas on the essay by experts are pinpointed, whose concerns also addressed questions on life. This article intends to consider the greatest piece of a Holocaust survivor and writer with his own writing in spite of his insistence upon his not being a writer but a chemist.

KEYWORDS: essay, testimony, Holocaust, witness, 100th anniversary of Primo Levi, literature, Holocaust literature

Si esto es un hombre, de Primo Levi, interpela poderosamente aún hoy en el siglo XXI, pese a sus silenciados inicios y el camino de su interrumpida y fracturada circulación. Fue escrito en 1946, apenas salido el autor del campo de exterminio de Auschwitz, o incluso quizás antes, adentro de él, esbozados unos primeros fragmentos en la Buna.

Auschwitz-Monowitz, en su gigantesco complejo de fábricas, contaba con la llamada “Buna”, un intento de producción de caucho sintético que los alemanes quisieron hacer funcionar con mano de obra esclava. Allí, el joven químico italiano debió pasar un examen frente a un colega nazi que había estudiado en los mismos libros que Levi en la Universidad. Sin embargo, por su pretendida superioridad, ese hombre habló a su examinado como si este no tuviera rostro, ni palabra. Lo seleccionó con el mismo aire de quienes seleccionaban para la cámara de gas, aunque para trabajar en un laboratorio, con la pretensión de hacer producir al esclavo lo que jamás finalmente lograron los amos concluir.

Levi era allí un apuesto y escuálido individuo vestido no con bata blanca sino con un pijama a rayas. Era un *Häftling*. Un prisionero sin nombre, solo un número. En la propaganda de Goebbels, a los judíos e indeseables se les llamaba parásitos, sanguijuelas. Kafka en su premonitoria obra aludió al escarabajo, a la cucaracha. Pero en Auschwitz ya no había metáforas. El cuerpo ya no podía desplegarse en la vitalidad de una sanguijuela. Los *Häftlings* eran desechos. Se usaban por un tiempo. Luego se gaseaban con un pesticida para insectos, el Zyclón B. Para los alemanes, los *Häftlings* eran otra especie. Oían a podrido. Las jóvenes muchachas alemanas que trabajaban en la Buna, sonrosadas, perfumadas, podían evitar mirar “esto”, al *Häftling*. Pero el olor estaba allí. Y hasta se tapanían la nariz si debían en alguna ocasión acercarse a aquellos cuerpos.

El cuerpo exhalaba su pérdida. Un año sin jабón, con los mismos calzoncillos. El cuerpo lleno de llagas que no curaban. El cuerpo mantenido apenas con sopa de nabos y coles enmohecidas, y en el medio del cuerpo, un intestino bregando con la disentería. Seguramente había manchas en la imagen del *Häftling*. Siempre acechaba la diarrea perpetua, los piojos en los intersticios de la ropa, las heridas en los pies producidas por el roce constante con los zuecos de madera que debían marchar en la nieve. (Charlotte Delbo, una prisionera de la Resistencia Francesa, descubrió al quitarse las medias después de mucho tiempo que ya no tenía uñas: habían desaparecido).

Un *Häftling* no era percibido como un hombre. Ellos, los prisioneros, también se veían así. Todos sabían que el rostro del otro era el propio espejo. El rostro desnutrido y el cráneo rapado los uniformizaba más

aún que el traje a rayas. Cuando en las fábricas Levi coexistió con los civiles que allí también trabajaban, se percató de la mirada de los otros, que los definía, delineaba. Confiesa entonces que esos hombres aún en el mundo los ven, a ellos, a los *Häftlings*, “innoblemente sometidos, sin honor y sin nombre, golpeados a diario, y nunca descubren en nuestros ojos una chispa de rebeldía, de paz ni de fe”(Levi, 155).

Sin embargo, “esto”, aquello que no era ni animal ni cosa, algo neutro, lo que había sido alguna vez un hombre, aún poseía lenguaje. Los civiles los oían en esa Babel de lenguas que era Auschwitz, con el desprecio de quienes no comparten la comprensión del mundo que da el dominio de la palabra. (De hecho, aquellos recién llegados que no comprendían el alemán, eran los primeros en ser destruidos).

Pero fue en la Buna, detrás del extraño vacío creado entre los prisioneros y el mundo pretendidamente normal de un laboratorio químico —muy parecido a cualquier otro laboratorio del mundo, con instrumental y olor a química inorgánica—, en ese entorno ajeno y familiar a la vez, que los protegía de la muerte y a la vez los colocaba en exposición de su miseria, fue allí donde Levi por primera vez tuvo acceso a la escritura. La escritura de la *verdad*. Porque, inéditamente desde que había sido hecho prisionero como partisano en la Italia ocupada, el *Häftling* tuvo frente a sí un cuaderno y un lápiz.

Es probable que los demás prisioneros no envidiaran a Levi por ello en absoluto, sino que lo hacían porque lo principal en Auschwitz era no trabajar a la intemperie, bajo la lluvia, el viento o la nieve, transportando enormes barras de hierro, por ejemplo. Lo principal era el termómetro en una habitación a 24 grados y por tanto la preservación del cuerpo, sin un kapo golpeando y aullando para que aquello que había sido un hombre se moviera más de prisa. Cualquier prisionero hubiese cambiado vorazmente papel y lápiz por un pedazo de pan.

Sin embargo, en aquel cuaderno Levi encontró algo más que un factor en la engorrosa tarea de la supervivencia. El papel estaba prohibido en los barracones, aunque muchos prisioneros lo colocaran clandestinamente entre la piel y la chaqueta a rayas, para preservarse del frío. En el laboratorio el cuaderno y el lápiz estaban allí como la cristalería o la escoba. Pero sentado ante el papel a Levi le llegó el “dolor del recuerdo, la vieja y feroz desazón de sentirme hombre”, que lo asaltó “como un perro en el instante en que la conciencia emerge de la oscuridad”. Y finaliza el fragmento con la confesión memorable: “Entonces cojo el lápiz y el cuaderno y escribo *aquello que no sabría decirle a nadie*” (Levi, 178).

Así el lenguaje, y en particular el lenguaje escrito, se convierte en el signo de que efectivamente “esto” aún es un hombre. Y Levi empieza a “ensayar” con las palabras (¡entre tubos de ensayo!), para producir y reproducir –narrar– la verdad. En el laboratorio clandestino del papel se propuso “ensayar” conceptos, pesar, sopesar, reflexionar.

Anteriormente, en el ritual de la iniciación, después del asfixiante viaje en tren hasta Auschwitz, una vez despojados los recién llegados de todo, desnudos, pelados y sedientos, Primo Levi pudo ver con claridad que “por primera vez nos damos cuenta de que nuestra lengua no tiene palabras para expresar esta ofensa, la destrucción de un hombre”(Levi, 47).

Alelado por la irrupción de lo inédito, de lo inverosímil humano (Auschwitz), Levi se percata en aquel inolvidable ritual de iniciación de que el ser humano ha quedado reducido a una suerte de mudez. Supo entonces que no había una genealogía de tal pérdida de la condición humana. Toda la vida se dedicó a buscar esas palabras. Paradójicamente fue en su primer libro, *Si esto es un hombre*, y no en el último, *Los hundidos y los salvados* (1986), donde se halló más vecino a la verdad.

Géneros incómodos

Si esto es un hombre fue inmerso por la comunidad académica en el amorfo territorio del testimonio, y *Los hundidos y los salvados* en el ensayo. Incluso este último, como tal, apaciguó a los ansiosos académicos que vieron en él la claridad necesaria para el método. Con el ensayo ya a esa altura canonizado, lograron calmar sus exigencias positivistas. Adorno sospecha de aquellos que leen la literatura con “alergia a las formas como puros accidentes” (Adorno, 14). Nada de accidental parece tener *Los hundidos y los salvados* por cierto. Cada palabra de él surge como elegida en función de un inmenso público que va a juzgar al escritor –por entonces ya un suicida latente–. Así, una nube infinita de lectores cercena aquella libertad que alguna vez tuvo Levi cuando salió de Auschwitz. Un joven liberado de chaqueta a rayas viajando por los confines de Rusia y murmurando internamente su primer libro, su gran libro.

Los hundidos y los salvados no obstante generó ríos de tinta a partir de su dogmática exposición de la llamada por su autor “zona gris”. Concepto que fue tomado masivamente como objeto de investigación y vino a complementar el éxito de las reflexiones de Hanna Arendt en su célebre libro *Eichmann en Jerusalem*, con su hipótesis sobre la banalidad del mal. Incluso Agamben se animó a desarrollar el perturbador concepto de que los cabales testigos (los muertos en la cámara de gas) jamás testimoniarían, por lo que de algún modo puso

en entredicho la palabra del sobreviviente y desató la polémica.

Sin embargo, el ensayo mayor de Primo Levi no es este, sino su libro inaugural, el del hombre que volvió del mundo de los muertos, aquel libro que es entendido habitualmente como mero testimonio. Incluso, en su afán protocolar y clasificatorio, algunos puristas lo llaman “novela”, porque el hecho de haber cambiado los nombres propios a las personas/personajes –en la edición de Einaudi–, ya lo estaría convirtiendo en un texto ficcional.

Nombres y hombres

Si esto es un hombre es un libro con un extraño título, incompleto en su condicionalidad. Adorno ve como mérito exclusivo del ensayo la duda, en oposición al “derecho absoluto del método”(Adorno, 19). Un poco más abajo Adorno insiste en que “el ensayo no apunta a una construcción cerrada, deductiva o inductiva”. Por eso Levi elige un título a medias, que significativamente se construye a partir de la conjunción condicional “si”, del pronombre determinativo neutro “esto”, del verbo de permanencia e identidad “ser”, conjugado en indicativo, en el modo de designar lo real, lo que indica el mundo (a diferencia del subjuntivo, que señala lo posible, lo imposible y el deseo): finalmente el título culmina en el sustantivo “hombre”, múltiple caja de resonancia para todo lo que refiera a la condición humana.

En el racimo del grupo de palabras acotadas que se reiteran en los títulos de los libros de los sobrevivientes del exterminio (vida, memoria, noche, mundo oscuro, infierno, túnel, destino, viaje, mal, etc.), se destaca el campo semántico del ser humano. En primera línea, junto a *Si esto es un hombre*, se halla la obra magna *La especie humana*, de Robert Antelme y *El hombre en busca de sentido*, de Victor Frankl.

La R.A.E., por cierto, clasificaría el título de Levi como una oración subordinada. En la entrada “si”, aparece en primer término la siguiente definición:

1.1. Conjunción condicional. Introduce la oración subordinada condicional, llamada «prótasis», que es la que expresa la condición que debe cumplirse para que se verifique lo enunciado en la oración principal, que se denomina «apódosis». Normalmente, en los enunciados condicionales, la subordinada antecede a la principal.

De este modo, el título *Si esto es un hombre* sería un fragmento, la prótasis. Una vez leído el paratexto, el texto se constituye en la “apódosis”. Pero Primo Levi no parece completarla, o lo hace tardíamente, como adelante se verá. Que un título y un libro sean apenas fragmentos dice mucho de su vínculo con el ensayo.

Tiene justamente lo que Adorno define para el ensayo, la “conciencia de ‘no identidad’, aun sin expresarla siquiera; es radical en el ‘no radicalismo’, en la abstención de reducirlo todo a un principio, en la acentuación de lo parcial frente a lo total, en su carácter fragmentario” (Adorno, 19), tan fragmentario es *Si esto es un hombre* que se detiene y finalizan sus páginas cuando aún falta pensar y preguntarse por lo mayor. Falta aún la historia de Hurbinek. Y lo extraordinario que es sobrevivir, y por lo tanto conservar la memoria de la Shoá. En efecto, el primer volumen de la posteriormente llamada *Trilogía de Auschwitz* –rótulo funcional a algo que no es de ningún modo una unidad– culmina con la llegada de mirar avergonzado de los primeros soldados rusos a Auschwitz. Pero la muerte continuaba.

Hoy se sabe que el inicio del segundo volumen –*La tregua*, publicado en 1962– fue escrito en el mismo devenir de *Si esto es un hombre*, en la inmediata posguerra. También en 1946 Levi compuso las memorables páginas de los primeros capítulos de *La tregua*, con un Auschwitz aún lleno de montañas de muertos en descomposición y hombres que todos los días morían, fuera por las enfermedades ya contraídas en el *Lager* o por la confrontación fisiológica del reducido cuerpo del hambriento con la comida y la saciedad, con aquello que compartían generosamente los soldados rusos, la bendición y el veneno.

Es la aparición del niño Hurbinek quien con su “mortal fuerza de afirmación” parece completar la oración subordinada del título del primer volumen. Es un niño nacido en Auschwitz, el “que entre nosotros era el más pequeño e inerme”, “el más inocente”.

Hurbinek no era nadie, un hijo de la muerte, un hijo de Auschwitz. Parecía tener unos tres años, nadie sabía nada de él, no sabía hablar y no tenía nombre: aquel curioso nombre de Hurbinek se lo habíamos dado nosotros (...). Estaba parálitico de medio cuerpo y tenía las piernas atrofiadas, delgadas como hilos: pero los ojos, perdidos en la cara triangular y hundida, asaeteaban atrozmente a los vivos, llenos de preguntas, de afirmaciones, del deseo de desencadenarse, de romper la tumba de su mutismo. La palabra que le faltaba y que nadie se había preocupado de enseñarle, la necesidad de la palabra, apremiaba desde su mirada con una urgencia explosiva: era una mirada salvaje y humana a la vez, una mirada madura que nos juzgaba y que ninguno de nosotros se atrevía a afrontar, de tan cargada como estaba de fuerza y de dolor. (...) Hurbinek, que tenía tres años y probablemente había nacido en Auschwitz, y nunca había visto un árbol. Hurbinek, que había luchado como un hombre, hasta el último suspiro, por conquistar su entrada en el mundo de los hombres, del cual un poder bestial lo había exiliado. (...) Hurbinek murió en los primeros días de marzo

de 1945, libre pero no redimido. Nada queda de él: el testimonio de su existencia son estas palabras mías”. (Levi, 264)

Ese apremio por vivir, por preguntar, por hablar, esas palabras de Primo Levi que lo reviven, es la “apódosis” que el lector, en búsqueda junto al autor, encuentra no en el final del “testimonio” modélico sino en el texto rezagado y fragmentario incluido en *La tregua*, obra que en 1962 se leyó sin embargo como un tardío libro de viajes, picaresco, de aventuras.

La “corporeización de la vida”(Lukács, 29)

Volvamos al punto de partida de ese viaje de Ulises hacia la verdad que empieza en un lápiz y un cuaderno, encontrados de improviso en un laboratorio. “La verdad es cosa tan grande que no debemos desdeñar ninguna senda que a ella nos conduzca”, decía Montaigne (425). Ese cuaderno y ese lápiz son la incitación a la búsqueda de la verdad. Levi tiene que reflexionar sobre qué, por qué, para qué, es Auschwitz. Debe hacerlo con las palabras escritas, aunque su oficio jamás fue el de literato, sino que insistió toda su vida en que lo que creía suyo era una ciencia, la química.

Con el pequeño cuaderno y el efímero lápiz deberá remedar la búsqueda de Ulises, aquella búsqueda que Dante definió en unos versos que el propio Primo Levi había intentado traducir al joven amigo francés Pikolo, mientras trasladaban juntos una pesada marmitta de sopa: “Considerad, ‘seguí’, vuestra ascendencia/, para vida animal no habéis nacido,/ sino para adquirir virtud y ciencia.”(Levi, 146).

El proyecto *Si esto es un hombre* se concibió así, como una exploración de la condición humana en contextos extremos. Auerbach, leyendo a Montaigne, señala que hay implícita en este una desconfianza hacia los historiadores. Levi no lo dice, pero parece dar por descontado que no será la historia ni el tratado quienes explicarán Auschwitz, sino la experiencia del individuo “con la escala de la propia vida”(Auerbach, 281). Solo la experiencia interna, y la profundidad del conocimiento que sobre sí se tiene, será la que pueda ofrecer el conocimiento del hombre y de la historia.

Es más que probable que aquel primer esbozo de *Si esto es un hombre* concebido en la Buna no fuese previsto por Levi como una sucesión de hechos que deberían meramente informar al lector. El hombre que tomó el cuaderno y el lápiz en medio del olor a química inorgánica no parece haberse propuesto un diario íntimo, ni siquiera una autobiografía.

Él supo, desde su primer día en Auschwitz, luego del demoledor viaje en tren, en aquella atestada sala helada y húmeda, con una canilla de la que no salía agua que se pudiera beber, que no había palabras para

designar el despojamiento del hombre hasta convertirlo en “esto”. Si no ha habido palabras, habrá que buscarlas. Todo sirve para este propósito. Las anécdotas jamás serán desdeñadas, pero no bastan. El lector que puede oír a Levi, como bien sostiene Auerbach, “debe colaborar”, debe ser “arrastrado dentro del movimiento del pensar” (269). Más que un itinerario de torturas, *Si esto es un hombre* será un “trabajo mental” en búsqueda de la expresión de lo que nunca había sido expresado, ni experimentado.

¿Qué escribió en la Buna Levi mientras en esta se sucedía el absurdo de intentar crear caucho en una fábrica donde todos los días llovían bombas aliadas? ¿Qué concibió Levi en esa fábrica donde los industriales y civiles alemanes continuaban firmes en sus proyectos de victoria? Levi llama a los empecinados alemanes “ciegos y sordos”, fruto de su naturaleza y del destino que han elegido. Allá ellos. Mientras tanto, el yo hará un itinerario, otro viaje, como el de Ulises de Dante, tratando de comprender quiénes son los otros que están en Auschwitz, y quién es ese nuevo yo expuesto a Auschwitz. Aunque los vocablos no sean exactamente los mismos que los que utilizó en la versión de 1946, esos primeros peligrosos papeles pasaron luego a ser fragmentos de *Si esto es un hombre*. El mundo se percató de la existencia de este libro solo en 1958, con la segunda edición esta vez sí publicada por Eunadi, y desde entonces resulta difícil permanecer inmune a él.

Curiosamente, el manuscrito había sido rechazado, apenas finalizada la guerra, por una anónima lectora de esa misma editorial italiana, que resultó ser la escritora Natalia Ginzburg, cuyo esposo había muerto en la Shoá. El libro terminó siendo publicado en 1947 en cambio por una editorial insignificante y pequeña y nunca se vendieron la totalidad de sus ejemplares, que hasta se perdieron en una inundación.

Pero apenas dos décadas después, *Si esto es un hombre* se convirtió en el testimonio ejemplar y Primo Levi en el testigo por antonomasia. Paradójicamente, Levi, que luego fue inmensamente locuaz, un verdadero pedagogo que recorría universidades, escuelas, canales de televisión, daba entrevistas a toda suerte de periodistas y además continuó escribiendo libros casi hasta su muerte, halla en ese pasaje de *Si esto es un hombre* (“tengo que escribir lo que no podría decir a nadie”), la paradoja del ensayo.

El creador del género ensayístico, (una opción literaria tan despechada por los cánones y academias casi como el testimonio), Montaigne (nacido como Michel Eyquem), había encontrado que escribir desde el “¿Qué sé yo?” era la forma ideal de hablar de lo inefable. El ensayo es un movimiento, una oscilación, una búsqueda, un intento de nombrar lo innombrable. Y llama intensamente la atención que Montaigne, expre-

sando la dificultad y necesidad que solo se sacia en el escribir “pesando” las ideas y las palabras, probando, experimentando, haya unido ambos géneros con extraña melancolía: “¿Por qué nuestro común lenguaje, tan fácil para cualquiera otro uso, se convierte en oscuro e ininteligible en contratos y testamentos?”(Montaigne, 426).

Es que en contratos y testamentos hay que ajustarse a la verdad, y la verdad es una búsqueda. A la verdad parece arribarse solo por la experiencia. Y la experiencia es inesperada. Heráclito decía “Si uno espera lo inesperado, no lo encontrará, que es difícil de encontrar e inaccesible”(Heráclito, 29). Pero a la experiencia hay que exponerla en palabras. Montaigne agrega: “Entiendo que es indispensable la prudencia en el juicio de sí mismo, y que se debe ser concienzudo en emitir testimonios, ya sea en elogio ya en vituperio. (...) La opinión general considera vicioso el hablar de sí (...) por odio a la vanagloria que parece ir unida siempre a los propios testimonios; en vez de limpiar las narices al muchacho, esto se llama desnarizarlo” (323).

La primera persona

Starobinsky, gran lector de Montaigne, parece retener en especial algunas consignas del creador del ensayo, valorando por encima de todo su intento de pensar: “Voy inquiriendo e ignorando”, “No enseño, narro”(Starobinsky, 33). No es posible sostener esta actitud sin libertad. Sin hablar desde un yo y desde su experiencia. Pero es sabido que existe un pudor que a muy pocos les permite decir: “Yo soy la materia de mi libro”. Escribir para definirse, para mirarse al espejo, no es bienvenido ni para los lectores ni para el propio autor que sabe que será leído.

Hay sobrevivientes de la Shoá que recuerdan el momento en que luego de la liberación del *lager* se miraron al espejo. Algunos hablan de verse como un cadáver. Pero cuando en 1946 ya Levi se sienta en su casa de Turín a culminar su libro, cree que es necesario prologarlo, para advertir que su texto no será un añadido a la lista de detalles atroces que por esos días “es sabido por todo el mundo sobre el inquietante asunto de los campos de destrucción”:

No lo he escrito con la intención de formular nuevos cargos; sino más bien de proporcionar documentación para un estudio sereno de algunos aspectos del alma humana.

En 1976, en cambio, Levi ya era prácticamente un testigo profesional. Concurría a cuanta invitación se le hiciese, y a menudo las preguntas de los niños y jóvenes se repetían. Ese año se realizó una reedición del libro (para estudiantes), con otro paratexto, una suerte de epílogo-compendio de preguntas y respuestas

que se producían cuando Levi se encontraba con sus escuchas en calidad de testigo y narrador. Este breve manual abandona el estilo del ensayo, su modo azaroso y fraccionado, y se sistematiza transformándose en una guía didáctica para leer *Si esto es un hombre*. Aporta datos sobre las condiciones de enunciación: “los recuerdos me quemaban por dentro” (Levi, 216).

Y presenta a la primera persona del ensayo/testimonio como bien diferente a la palabra de la víctima (menciona el “lamentoso lenguaje”), así como la palabra iracunda del juez. Aclara entonces a sus lectores, a sus escuchas, que usó el lenguaje mesurado y sobrio del testigo, a su juicio más creíble, más objetivo que la “apasionada frase”.

También se distancia de los libros de historia advirtiendo que él se limitó rigurosamente a hechos de los que tuvo experiencia directa. Nada menciona del informe científico que en 1945 los rusos le solicitaron elaborar junto al médico Leonardo Dibenedetti acerca de las condiciones higiénicas y sanitarias de Auschwitz.

Aunque Phillippe Mesnard es un convencido de que en este texto está la semilla de *Si esto es un hombre*, lo cierto es que el autor no lo veía así.

Levi sabía que *Si esto es un hombre* transitaba entre la subjetividad y la objetividad, entre lo individual y lo colectivo, oscilación intrínseca al ensayo, dualidad que ha fascinado a Starobinsky y a Lukács. Por eso el exilio de Levi del mundo de los estudios rigurosos y de la literatura libérrima. En su libro mayor, *Si esto es un hombre*, en numerosas ocasiones el yo es sustituido por el nosotros, los lectores son llamados en plural, muy a menudo, e invocados para intentar comprender con él. Surge de esta obra ese tono incoativo que es esencial a todo ensayo.

Con su manual didáctico que intenta explicar su escritura, en 1976, llega a la conclusión de que si bien “comprender es imposible, conocer es necesario”. Así descarta al tratado, a la ciencia humana y la academia tratando de explicar Auschwitz. Como luego explicará Alberto Giordano “el trato con lo imprevisto no reclama pronunciamientos y sí responsabilidad, la decisión de cuidar lo que sucede” (7).

Levi en sus aclaraciones pedagógicas desliza que no parece tampoco mancomunarse con la comunidad literaria: “Fue la experiencia del Lager la que me obligó a escribir” dice a los estudiantes. Desconfía de la identidad escritor para sí mismo, pero reconoce que, más allá de su oficio de químico, siempre tuvo un interés sostenido por el ánimo humano. Es lo que Starobinsky llama “trabajo mental frente a la vida”.

Aunque Levi en su afán de distanciarse de géneros y clasificaciones no menciona el término “ensayo” para su *Si esto es un hombre*, no es ni más ni

menos eso lo que compone. En el prólogo de 1946 había hablado de que su libro no guarda necesariamente un orden cronológico, sino que fue surgiendo por fragmentos, “por orden de urgencia”. Y a diferencia del pedagogo de 1976, en 1946 reconoce que, como tantos sobrevivientes de los Lagers, la necesidad de “hablar a los demás”adquiría un impulso inmediato y violento.

Aunque la claridad de estilo, la belleza del lenguaje, su poder de síntesis, parecen poner ciertos límites a esta violencia, da la impresión de que hablar/escribir de Auschwitz supo ser en Levi una imperiosa necesidad que nunca se satisfizo del todo. Bien decía Montaigne: “El que un espíritu se satisfaga, es signo de cortedad o de cansancio” (Montaigne,427).

La poesía como marco

Significativamente, tanto *Si esto es un hombre* como su parcial complemento o fragmento perdido, inmerso en *La tregua*, presentan un paratexto más, un peculiar paratexto. Son poemas del propio Levi.

Los poemas del “escritor-químico” no son muy numerosos. François Rastier los ha estudiado en profundidad y cree que allí están las claves de la obra de Levi. Los poemas aluden a otros textos, a un Coleridge, por ejemplo. Ya es notoria la intertextualidad de *Si esto es un hombre* con la *Comedia*, de Dante.

Algunos poemas son escritos muy tempranamente y constituyen el preludeo y el epílogo de su obra ensayística. Son poemas llenos de fantasmas, de muertos. Levi se siente visitado por los que no volvieron. Sabe que, aunque en su libro explique con lujo de detalles el miedo a la muerte que experimentó en la gran selección padecida en octubre del 44 hacia la cámara de gas, los muertos conocieron algo a lo que él solo puede acceder por el poder de la imaginación.

Montaigne decía: “Mas en el morir,(...) la experiencia nada puede ayudarnos. (...) Puede (el hombre, auxiliado por la costumbre, fortificarse contra los dolores, la deshonra, la indigencia, y otros males, pero en cuanto a la muerte, solo una vez nos es dado ver cuáles son sus efectos. (...) La proximidad es lo que hemos de temer, y este puede ser el objeto de nuestra experiencia (316).” La inminencia de la muerte, el otro como doble pero muerto, el cuerpo torturado que es viviente pero también moribundo: todo ello es el objeto de pensamiento de Levi.

La claridad del estilo de Levi y la belleza de su prosa no terminaron de apaciguar su “desafío ético”(Giordano, 7). Lukács decía que “no hay destino en los escritos de los ensayistas” (24). De hecho, los poemas de Levi llenos de muertos lo acompañaron justamente en los tiempos previos a su suicidio.

Bibliografía

- Adorno, Theodor W., “El ensayo como forma”, en *Notas de literatura, Obra completa 11*, Akal, Madrid, 2003.
- Agamben, Giorgio, “Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia”, en *Infancia e historia*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2001.
- Auerbach, Erich, “L’humaine condition”, en *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
- Giordano, Alberto, “Del ensayo”, “La crítica de la crítica y el recurso al ensayo”, en *Modos del ensayo. De Borges a Piglia*, Beatriz Viterbo, Rosario, 2005.
- Heráclito, Parménides, Empédocles, *Textos presocráticos*, Fontana, Barcelona, 1995.
- Levi, Primo, *Trilogía de Auschwitz*, El Alpeh editores, Barcelona, 2005.
- Lukács, Georges, *Obras completas, Tomo I*, Grijalbo, Buenos Aires, 1975
- Mattoni, Silvio, *El ensayo*, Epoké ediciones, Córdoba, 2000.
- Mesnard, Philippe, *Primo Levi. Informe sobre Auschwitz*, Reverso, Barcelona, 2005.
- Montaigne, Michel de, “De la experiencia” (libro III, XIII) y “De la ejercitación” (libro II, VI), en *Ensayos*, Cervantes virtual, <http://www.cervantes-virtual.com/obra/ensayos-de-montaigne-0/>
- Rastier, François, *Ulises en Auschwitz, Primo Levi el sobreviviente*, Reverso, Barcelona, 2000.
- Starobinski, Jean, “¿Es posible definir el ensayo?”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 575, mayo de 1998, Madrid, pp. 31-40.